

ideas. Verdad que el Sr. Rodó no advierte que un día se cansan los griegos de jugar con las ideas, las toman en serio y formulan los dogmas de los credos cristianos. Pero el ideal integral del hombre es el que propugnan los partidarios del bachillerato clásico. Las ciencias, que son abstracciones y especializaciones, vendrán más tarde, dicen; al joven hay que presentarle la totalidad del hombre, y el hombre no se ha presentado nunca tan completo, con alma y cuerpo tan unificados, como en el mundo clásico.

Aún emplea el Sr. Rodó otro argumento de los clasicistas. La democracia sin ideal no puede conducir sino a la mediocridad, dice el Sr. Rodó, y no podrá tener ideal si se la abandona a sí misma y carece de la «constante rectificación de una autoridad moral que la depure». Es, pues, preciso que la democracia tenga su aristocracia. Al dicho argentino de que gobernar es poblar, opone el Sr. Rodó una rectificación. Poblar, sí; pero «asimilando, en primer término; educando y seleccionando, después». «La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización, según carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral». Esta es la función de la segunda enseñanza, que los clasicistas preconizan. Educar y seleccionar, mejor dicho, seleccionar, primero, por medio de sus exámenes de ingreso, y educar luego en disciplinas desinteresadas a los seleccionados y continuar la selección al fin de cada curso. Ha de ser una criba, que sólo guarde a los que lo merezcan.

Pero aquí empiezan a perder precisión las ideas del Sr. Rodó. La selección con que sueña ha de fundarse en el libre consentimiento de los asociados. Excusado añadir que por ese procedimiento no se llega nunca a elegir a nadie con justicia. Si no sería posible designar a los campeones de fútbol por consentimiento libre de los futbolistas, tampoco lo es decir por ese método quiénes han de ser los médicos, los profesores, los ingenieros de un país. El Sr. Rodó cree en la escuela, como todos creemos; no ha llegado a ver en el establecimiento de segunda enseñanza el instrumento de educación y selección que necesita su ideal. Tampoco ve claro en la necesidad del sistema y del método para la realización de un fin. Su ideal es una vibración de las estrellas, que de la altura baja al pueblo. Ha adivinado las razones para la enseñanza clásica, pero no ha pensado en la enseñanza misma, que es, sin embargo, el órgano de selección y educación que sus propósitos requieren. Y por

eso su Ariel queda en el aire, y a diferencia del de Shakespeare, que es todo actividad, el suyo aguarda silencioso en las región de las larvas, alma en pena, que no saldrá del purgatorio para servir a América y al mundo hasta que algún Próspero acierte a ponerle las alas y las manos.

RAMIRO DE MAEZTU

(*El Sol*, Madrid.)

## Ariel y Caliban

MUCHA razón tenemos los españoles para quejarnos de los juicios que en el extranjero se tienen de nosotros. Mayor la tendrían; por la misma causa, los ingleses y norteamericanos, si no fuera que su exaltada posición los hace punto menos que indiferentes a las censuras. Pero este mismo momento de esplendor en que se encuentran los dos países anglosajones, y sobre todo los norteamericanos, hace más graves los errores de estimativa. La falta de comprensión del pueblo norteamericano equivale a la incompreensión de los caminos que conducen al éxito a los pueblos.

No sé cuánto tiempo tardará en salirnos a los países de lengua española un escritor en que se reúnan las dotes de Enrique Rodó: la magia del suave estilo, junto a la caridad apostólica y al patriotismo de la raza. Pero no se ha cometido injusticia mayor que la suya cuando vino a pintarnos a Ariel, genio de los aires, como Ángel de la Guarda de los pueblos hispánicos, en tanto que los anglosajones han de abandonarse a los apetitos de Caliban, genio de la tierra y la putrefacción. Los norteamericanos cultos se ríen cuando se les habla de la tesis de Rodó. Hacen bien en reírse. Somos los demás los que tendremos que llorar el error nuestro, hasta que logremos sacudirnos las telarañas de los ojos.

Los Estados Unidos son uno de los pueblos más cultos del mundo desde mucho antes de su fundación. Se ha hecho la estadística de que entre los años 1630 y 1690 había en la Nueva Inglaterra tantos graduados de las Universidades de Oxford y Cambridge como podían encontrarse, en una población igualmente numerosa, en cualquier región de Inglaterra, la capital inclusive. En Massachusetts y Connecticut había un graduado de Cambridge por cada 250 habitantes. Estos hombres saturados de clasicismo fueron los que poco a poco extendieron la estrecha costa atlántica de civilización, arrancaron al piel roja y a la naturaleza bruta el dominio de América, se abrieron camino al través de

los montes y los ríos, se extendieron por las mesetas del centro del país, pelearon la guerra civil y al fin plantaron, con las magníficas Universidades del Oeste, su fe en Virgilio y en Platón, en las orillas mismas del Pacífico.

No puede abrirse un periódico norteamericano, ni mucho menos leerse veinte o treinta números sucesivos, sin que nos sorprenda el gran espacio que ocupan en el espíritu general del país los colegios y las universidades. La fe en la educación está ligada en los Estados Unidos, desde los tiempos coloniales, a la fe religiosa. La casa-escuela fué tan sagrada como la casa de reuniones (*meeting-house*), que es como los puritanos llamaban a sus lugares de culto, para no cometer el pecado de poner un nombre divino a una institución humana. La magnificencia norteamericana de la filantropía privada para obras de educación constituye actualmente una de las grandes maravillas del mundo. El otro día publicaban los diarios una lista de los colegios y las universidades que poseen fondos superiores a un millón de dólares. Eran más de ciento, y alguna de estas instituciones poseía de renta más del millón de dólares. Acabo de pasar frente a la Biblioteca de Nueva York. En la fachada lleva los nombres de los donantes fundadores: uno es Astor, otro es Lennox y el tercero es Tilden. Esta mañana he visitado el Museo Metropolitano. Cada una de sus salas es regalo de algún donante, y el Museo se está rápidamente convirtiendo en una de las Pinacotecas más importantes del mundo. ¿Es este el espíritu de Caliban? ¿Se caracteriza el materialismo por el culto de las cosas del espíritu?

Viceversa: esta incapacidad relativa nuestra para la prosperidad material, ¿se debe indefectiblemente a que nos absorba el espíritu de Ariel? En estos años últimos hemos visto desplomarse algunas de las instituciones bancarias de mayor prestigio, lo mismo en España que en Cuba y en la América continental ibérica. ¿Se debe la quiebra de esos Bancos al espíritu soñador de sus gerentes? ¿Consiste el sueño en arramplarse los valores de depósitos? ¿Procede la quiebra de que los directores de estas Empresas fueron hombres de educación exclusivamente literaria y artística? La verdad verdadera, y dolorosa, es que estos Bancos han quebrado por hallarse en manos rapaces, que obedecían a cerebros sin otro lema de conducta moral que el de no hacer el primo. Mientras en los Estados Unidos y en Inglaterra se arraigan y florecen instituciones bancarias dirigidas por hombres de educación liberal, con una visión